

Texto leído en la presentación de *Rompiendo códigos*

- Carlos Peña*
Santiago, 14 de diciembre de 2010

El año 1966 se inauguró el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, con la presencia, entre otros, de Arnold Toynbee, el autor del monumental *Un Estudio de la Historia* que se había comenzado a publicar en inglés por los años treinta, y en español recién en 1959. Luciano Tomassini tenía entonces apenas treinta años y estuvo presente en esa ocasión, es de suponer, con los ojos bien abiertos de entusiasmo. Entonces vio a Toynbee por vez primera; pero pudo conocerlo más detenidamente luego, dos años más tarde, en una estadía de investigación en Chatham House, el Instituto de Estudios Internacionales del que Toynbee era, por esos años, Director Emérito en Londres.

Sospecho que desde ese encuentro –que se relata en este libro en una modesta nota a pie de página, como restándole toda importancia– le quedó a Luciano Tomassini el apetito intelectual por comprender los procesos globales en medio de los que se desenvuelven los acontecimientos y las relaciones políticas de las que él, profesionalmente, se ocupaba. Como ustedes recuerdan, Toynbee, en el primer volumen de su estudio, sostenía que la conjunción de dos fuerzas poderosas, extendidas por casi todo el planeta, la industrialización y el

* Rector de la Universidad Diego Portales, en la presentación del libro, realizada en la FLACSO.

nacionalismo, habían moldeado la historia de Occidente. Sin embargo, agregaba, esas dos fuerzas habían entrado, desde la segunda mitad del siglo XIX, en relaciones hasta cierto punto problemáticas y contradictorias, puesto que mientras el industrialismo excedía y por lo mismo debilitaba las fronteras nacionales, ello no ocurría con el nacionalismo que, en cambio, exacerbaba las identidades y las pertenencias locales. La única posibilidad de superar esa contradicción, entre la globalización industrial y el surgimiento de identidades particulares, sugería Toynbee, era la aparición de una fuerza cultural, una religión sincrética pensaba él, que pudiera armonizarlo todo.

Ese problema –el problema, pudiéramos decir, de las transformaciones culturales que ha sufrido desde el XIX la sociedad moderna– es el que ocupó casi todas las lecturas, las intervenciones públicas, la escritura y las obsesiones de Luciano Tomassini en sus últimos años, y el resultado al que él arribó es este libro de apretadas setecientas páginas, en las que ofrece una interpretación que podría ayudar a comprenderlo. Después de leer este libro –en el que se acredita una información de veras monumental– no es difícil imaginar a Luciano Tomassini inclinado sobre el escritorio, ocupado casi exclusivamente de leer y de escribir, considerando que otros quehaceres y otras actividades simplemente lo distraían de ésta, la que él consideraba, sin duda, su ocupación fundamental: la de dialogar sobre algunos de los problemas fundamentales de su época. No hay otro caso de tamaña ambición intelectual en el quehacer académico chileno. Algo semejante sólo se encuentra en los *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* o en el *Desafío espiritual de la sociedad de masas* de Jorge Millas. Y es que quizá Luciano Tomassini sea uno de los últimos hombres de cultura de la academia chilena, una de esas personas capaces de pasearse con sencillez, sin ningún alarde, y como Pedro por su casa por buena parte de la literatura, sin prestar

En este texto, como sugería al comienzo, se encara un problema semejante al que había detectado Toynbee: ¿cuál será la fisonomía de la cultura moderna, o de lo que quede de ella, una vez que la técnica se haya globalizado?

Al responder esa pregunta Luciano Tomassini despliega, e intenta justificar con amplio apoyo bibliográfico, tres hipótesis

generales que entrecruzan la totalidad del libro, a saber, que la cultura es la que, a fin de cuentas, dibuja la fisonomía de las sociedades y la subjetividad de quienes en ella se desenvuelven; que la cultura occidental, y la sociedad de la que ella es autocomprensión, padece, desde fines del XIX una profunda transformación; y que, finalmente, esta transformación equivale a un rechazo de toda comprensión esencialista del mundo.

Desenvolver, con amplio apoyo en la literatura, cada una de esas hipótesis, es el objetivo de este libro.

La idea conforme a la cual la cultura dibuja la fisonomía de las sociedades y, a fin de cuentas, la subjetividad de quienes en ellas desenvuelven sus vidas, parece una idea casi inocente; pero hasta hace poco estaba a contrapelo de las ciencias sociales de la época. En efecto, una idea semejante a esa fue casi siempre una herejía para el marxismo (que prefirió ver en el modo en que los hombres producían y reproducían su existencia material la clave del edificio social); pero también resultaba herética para la economía neoclásica que todavía hoy hegemoniza a las ciencias sociales y para la cual es la racionalidad instrumental (una misma forma de reaccionar frente al entorno) la clave de todo. Hay que recurrir a los autores del XVII, como Vico, o del XIX, como Dilthey, para encontrar a quienes defienden la autonomía de la cultura y llaman la atención acerca de la dimensión subjetiva de la realidad sin la cual ella se nos escapa. El punto de vista de Luciano Tomassini respecto de esto, como ya lo anticipé, es que la cultura dispone de autonomía frente al resto de la realidad al extremo que, dentro de ciertos límites, podría modificarla:

Tenemos –explica– la posibilidad de reescribir la realidad a partir de las imágenes que en una subjetividad necesariamente compartida nos formemos de ella.

Pero, como anticipé, el poder transformador de la cultura acerca del que Tomassini llama la atención no es la única hipótesis que este libro pretende hacer plausible. También se encuentra la idea que la cultura occidental está padeciendo profundas transformaciones y, con ella, la realidad que ella ayuda a configurar.

¿Cuáles son, cabría preguntarse, esas transformaciones y cómo ellas podrían ser descritas?

Como ustedes saben, la transformación fundamental de la época moderna suele ser descrita en la literatura como el fin de las grandes narraciones, es decir, como el término de los relatos que asignaban un determinado sentido al acontecer histórico. El ejemplo más típico de esas narraciones, cuyo fin prelude las transformaciones de la época moderna, se encuentra en las filosofías de la historia de un Kant o de un Hegel para quienes, como ustedes recuerdan, la historia tiene por objeto la realización de la libertad. Así, todo lo que nos parece sinsentido o insensato, la violencia o el sufrimiento humano, por ejemplo, adquieren un particular significado cuando se los mira desde la distancia: son la forma en que, según estos autores, la libertad se abre camino en la historia. Hegel, en las lecciones sobre la filosofía de la historia universal, confiesa que cuando mira al pasado sólo es capaz de ver ruinas, un «inmenso altar, dijo, donde se ha sacrificado la dicha de los pueblos y la virtud de los individuos». ¿Para qué, con qué fin, pregunta, se han realizado esos enormes sacrificios?. La respuesta de Hegel –que retrata bien la índole de las grandes narraciones modernas– es que esos sacrificios son los inevitables tropiezos con que el espíritu camina a encontrarse consigo mismo.

Ese tipo de narraciones que, como digo, son propias de la época moderna, tienen su contrapartida en el ámbito del saber, y su expresión más característica es lo que en la literatura filosófica se llamó, siguiendo en particular a Heidegger, uno de los autores en quien Luciano Tomassini se detiene con mayor cuidado, metafísica o platonismo.

Heidegger, como sabemos, afirmó que la filosofía occidental se había empeñado en la búsqueda de una presencia última, inmovible, que pretendía asegurar la certeza –es decir, la verdad o el carácter de representación– de nuestras proposiciones acerca del mundo. El propósito que Platón declara, por ejemplo en el diálogo *Teeteto* –la búsqueda de un piso inmovible para el saber– habría fundado, por decirlo así, la metafísica occidental. Los discursos de la metafísica serían entonces la pretensión de haber alcanzado ese piso firme e inmovible sobre el que descansaría la verdad del discurso.

De ahí que Heidegger afirme que el platonismo es metafísica y que toda la metafísica es nada más que platonismo.

Pues bien, la transformación fundamental de la época moderna, sugiere Luciano Tomassini, radica en el abandono de esa pretensión que, siguiendo las interpretaciones pragmatistas de Heidegger, pudiéramos llamar metafísica.

En conformidad a ese abandono, ni la historia tiene un sentido, un horizonte teleológico hacia el que inevitablemente se endereza, ni el saber, el conjunto de nuestras proposiciones, se funda en un piso firme e incombustible con el que pudiéramos confrontarlas.

Lo propio de nuestra época consistiría en cambio, sugiere Tomassini, en estar despojada de las ilusiones de la certeza. Entre la modernidad y nuestro propio tiempo, por decirlo así, habría un tránsito, como observó en uno de sus ensayos Borges, entre el realismo y el nominalismo: Mientras para el realismo el lenguaje, las palabras con que nos esforzamos por encontrarnos, son una sombra fidedigna de una realidad que las excede, pero con la que misteriosamente coinciden, para el nominalismo esas mismas palabras remiten unas a otras en un juego de citas, de traducciones y de interpretaciones de un original que, si alguna vez existió, se ha perdido ya para siempre. A este fenómeno –que caracterizaría nuestro tiempo– es al que Luciano Tomassini denomina una comprensión meramente fáctica de lo real.

Así, sugiere Tomassini, la convicción más firme de la cultura contemporánea, sería que ni la historia tiene un guión predefinido, ni la realidad una fisonomía oculta que nosotros pudiéramos descubrir.

¿Hay motivos para la tristeza o, en cambio, para la alegría una vez que se arriba a esa convicción?

Hay quienes piensan que en ausencia de una realidad firme a la que puedan recurrir, o carentes de un guión que les sirva para interpretar su propio transcurso histórico, las sociedades humanas irían a la deriva, entregadas al relativismo o al hastío. Si la verdad no existe, si estamos solos, entonces, temen los que así piensan, no habría ninguna medida con la que juzgar los actos humanos, nada que nos permitiera distinguir entre lo que es correcto y lo que no ¿Cómo encontrar un camino correcto sin un mapa fidedigno que nos guíe, si, como pare-

cemos creerlo hoy día, estamos nada más que entregados a nuestra propia imaginación?

Luciano Tomassini no era, por supuesto, uno de los que pensaba de esa forma.

El más bien llegó a creer que los ideales de la modernidad ocultaban una oscura violencia y que cuando las sociedades humanas creían tener la historia de su lado, acababan cometiendo, tarde o temprano, los peores estropicios. Cuando, en cambio, las sociedades humanas, pensaba Tomassini, son conscientes de su contingencia y saben que nada las garantiza, se hace posible una ética fundada en la esperanza. Así nuestro tiempo no caminaría hacia el nihilismo, sino hacia la compasión:

Las sociedades de hoy –explica Tomassini– son como el Elías bíblico. Este esperó al Señor en una cueva sobre la montaña. «Entonces, relatan las escrituras, un viento fuerte y poderoso desgajó la montaña y partió sus rocas, pero el Señor no estaba en él. Y tras el terremoto vino el fuego, pero el Señor tampoco estaba allí. Pero después del fuego se oyó un sonido suave y delicado. Elías se cubrió la cara con la capa y temeroso salió a la entrada de la cueva. Entonces escuchó una voz que le decía ¿ qué haces ahí, Elías?» (I Reyes, 19, 11-13). Como Elías, concluye Luciano Tomassini, la sensibilidad posmoderna se está disponiendo para descubrir lo real en su debilidad, su indeterminación y su contingencia.

Pasaron más de cuarenta años entre este libro y ese día en que, por vez primera, Luciano Tomassini pudo ver a Toynbee y oírlo elucubrar acerca del destino de la cultura occidental. Estoy seguro que de ese encuentro, que siguió más tarde en Londres, Luciano retuvo esa vocación que siempre lo caracterizó por leerlo y comprenderlo todo, una vocación inquebrantable que él mantuvo en medio de sus múltiples otros quehaceres, y la misma que le llevó a concluir, poco antes de su muerte, este libro espléndido cuya publicación, en su memoria, hoy día celebramos.